

de la ciudad, ya vengán á ella desde la corte por temporada, se entregan con entusiasmo á los usos del país, y solo se ocupan de disfrutar de su belleza en partidas de campo, cacerías y pesca. Lo mismo sucede respectivamente á las clases media é inferior, siendo por extremo notable la animación y la alegría de sus reuniones públicas y privadas. Cualquiera pretexto es oportuno para estas, y hasta las solemnidades religiosas toman aquí un carácter de diversion y de bullicio, que muchas veces contrasta extraordinariamente con la sublimidad de su objeto. Las procesiones de semana Santa y del Corpus, *les milacres* de S. Vicente Ferrer, *las fiestas* llamadas *de calle* en celebridad del Santo, cuyo nombre llevan, y otras infinitas ocasiones reproducidas continuamente, ofrecen á la amable juventud valenciana un perpétuo espectáculo, tan animado como extravagante en sus ceremonias y aparato, así como por la inmensa concurrencia que atrae.

En la estación en que yo visitaba la ciudad, la ocupación principal consistía en los baños, á que son tan inclinados los valencianos, que además de los de mar que se usan allí generalmente, tienen en el interior de la ciudad casas de ellos, que por su buena disposición y lujo, puede asegurarse ser las mejores de España, y aun alguna de ellas como la llamada *de Espinosa*, puede compararse á lo mas magnífico de este género en el extranjero. Para los baños de mar hay que pasar al Grao, que es el puerto de Valencia, y dista media legua de la ciudad. Siguiendo la orilla del mar y en el mismo punto que concluye la población del Grao, álzase otra no menos importante y pintoresca que tiene por nombre *el cabañal* y *el cañamellar*. Formada por lo regular de las barracas peculiares á este país, cubiertas con graciosos techos de paja de arroz, sus largas calles tiradas á cordel y adornadas con árboles, ofrecen un aspecto que algunos viajeros han comparado á las poblaciones del Egipto ó á algunas de América. Verdad es que esta sencillez patriarcal va paulatinamente desapareciendo por los elegantes edificios que el lujo de los habitantes de la ciudad sustituye á las barracas primitivas, contándose ya muchos de estos que pueden pasar por bellísimas quintas ó casinos de recreo, y que en sus columnas y miradores ofrecen un risueño contraste con las barracas vecinas. Pero unas y otras sirven de mansión á la mayor parte de la población de Valencia durante la temporada de los baños, proporcionándose durante ella una intimidad de relaciones tal que todo el cabañal parece una sola casa y una sola familia; los baños, los paseos, las comidas y meriendas, los conciertos y bailes improvisados son allí la única ocupación, y como es de presumirse, el amor no tiene motivos de quejarse de un sistema tal de vida. Muchas causas, en efecto, desesperadas en los salones de Valencia, encontraron consuelo bajo los pintados techos del Cabañal, y el ruido de las olas que lamen el pie de sus casas, y la hermosa luna de Valencia que platea sus miradores, ejercieron mayor influencia en el corazón de alguna hermosa que las frases de la elocuencia y el lenguaje estudiado de la ciudad.

Pero no toda la población puede permanecer en el Cabañal; una gran parte se contenta con ir muy de mañana ó al anochecer á tomar el baño y volverse á la ciudad, y de aquí la prolongación del movimiento y bullicio por todo el frondoso camino que conduce de Valencia al Grao, que á todas horas se mira cubierto de un sinnúmero de carruajes que traen y llevan á los bañadores.

El día de fiesta regresan por lo general á la ciudad, para asistir al paseo de *la Alameda*, en el cual por su extensión y magnificencia, por el número de concurrentes y por el lujo en coches y atarés, no se echa nada de menos el brillante Prado de Madrid. De allí se trasladan al otro paseo de *la Glorieta*, delicioso jardín que cuenta aun pocos años de fecha; y van á concluir la noche en el hermoso teatro nuevo, que es sin disputa el primero de España en extensión y comodidad. En él se representan alternativamente funciones de verso y de canto; pero la moda dá la preferencia á la ópera italiana establecida recientemente con una pompa y aparato singulares, en una capital de provincia, y que se halla desempeñada por artistas distinguidos.

Una ciudad tan civilizada y que reune tantos encantos, un pueblo cuya actividad y la riqueza de su suelo produce á todas las clases medios suficientes para satisfacer sus necesidades, un clima blando y apacible que favorece la dulzura del carácter provincial, presenta sin embargo un contraste marcado en el crecido número de desgracias que suelen originarse del robo y las venganzas particulares, y que hacen peligrosas sus calles, especialmente de noche. Sin embargo el cuidado

de las autoridades ha disminuido en parte este peligro, estableciendo un alumbrado regular y una compañía de serenos ó vigilantes, institución importantísima de que dió el ejemplo esta ciudad, y que despues fue seguido por las principales del reino. Aun es mayor la probabilidad del peligro en los alrededores de Valencia, en ese delicioso *Edén* donde parece debían albergarse las costumbres del siglo de oro. A cada paso el viajero se vé obligado á interrumpir las gratas sensaciones que le inspira aquella fértil comarca por el temor que le ocasionan las cruces que marcan los sitios de horrendos asesinatos, ó por la narración de los propietarios de Valencia, que huyen de permanecer de noche en sus deliciosas campiñas desconfiando de los mismos á quienes dan el sustento. ¡Funesta anomalía que solo puede explicarse por la insuficiencia de las leyes, y la falta de una educación extendida en las clases ínfimas de la sociedad!—M. (S. Pintoresco.)

VARIETADES.

CAFÉ.

El elegante y frágil arbolillo que produce este grano, cuyo uso tanto se ha generalizado sobre toda la superficie del globo, es originario de la Arabia feliz. Desde ella se trasportó á las Indias y á las Colonias pasando por el norte de la Europa. Los holandeses le habían trasportado á Amsterdam, desde donde se envió una pua al jardín de las plantas de Paris á últimos del siglo XVII, donde se consiguió hacerlo prender, y aun fructificar en las Estufas. Declieux trasportó un pie á Martinica. Durante la travesía, que fue larga y penosa, llegó á escasear el agua, por lo que hubo que poner á los pasajeros á media ración. Declieux se privaba de su parte para regar aquel arbusto, como si hubiese previsto que debía ser el germen de la riqueza de aquellas colonias. En efecto, aquel pie fué el que suministró los granos y las plantas que se esparcieron por las Antillas, donde el cultivo del café llegó á generalizarse en términos, que cincuenta años despues la Europa acudia á aquellas á proveerse de este fruto, cuya aparición inesperada excitó una tan pronunciada afición que desde entonces siempre fue en aumento.

En las estufas de Europa el café abandonado á sí mismo se eleva hasta la altura de 12 á 15 pies; en las colonias no le dejan pasar de 3 á 4 pies para así obtener los frutos mas abundantes y sabrosos. Su cultivo es difícil y exige grandes precauciones. Es indispensable tener el arbusto al abrigo de los vientos que pueden arrancarle; plantarle de seis en seis pies, limpiar el terreno de toda planta parásita, y reemplazar cuidadosamente las plantas enfermas por otras jóvenes y sanas. Cuando se trata de hacer una nueva plantación se desmonta un soto viejo poniéndole fuego, y la tierra que queda desembarazada es la mas á propósito para el cultivo de este arbolito, cuya mayor duración es de treinta á cuarenta años, pasados los cuales es preciso abandonar esta plantación y hacer otra nueva, pues el terreno queda estenuado.

El café florece todo el año; pero con especialidad en la primavera y el otoño, de forma que estas dos épocas pueden considerarse como las verdaderas del florido. La flor es blanca y odorífera, conserva por muy pocos días su lozanza, al cabo de los cuales es reemplazado por unos frutos verdes que se unen entre sí formando manojitos. Estos frutos adquieren sucesivamente el color blanco, amarillo y encarnado como las cerezas. Bajo esta pulpa encarnada es donde se encuentra el grano que todo el mundo conoce. Cuando los frutos empiezan á adquirir el último color, se hace diariamente una recolección entresacando solo aquellos que han llegado á un grado de madurez. Apenas se ha recolectado el fruto empiezan á aparecer nuevos retoños, como si el árbol no hubiese aun producido.

Entre las muchas comarcas á que se ha hecho extensivo el cultivo del café, son las principales, Arabia, Java, Guayana, Ceilan, Surinam, las Antillas, la isla de Francia y la de Borbon. Su calidad varía en cada país segun el clima y el terreno que lo produce. El mas exquisito es el de Moka en Arabia. Es fácil de conocer porque su grano es pequeño y redondo. Esta forma la adquiere por una notable particularidad: uno de los granos aborta dentro de la pulpa, y el otro puede adquirir en ella su figura redonda. Esta es-